

INSTRUCCIONES DE CAPÍTULO. VOLUMEN VI. 1887-1894
Madre María Eugenia de Jesús

29 de diciembre 1889¹. (pp. 144-145)

BUSCAR ANTE TODO LA GLORIA Y EL HONOR DE DIOS

Queridas hijas,

¡Acercaos un instante al pesebre del Niño Jesús y preguntaos cómo comprendéis el motivo que le ha hecho descender y anonadarse hasta ese punto! Cierto, lo hace por nosotros, pero el primer motivo es la gloria de su Padre.

Un hombre muy inteligente me decía una vez que, para un alma fervorosa y un alma religiosa, la primera motivación de todo debe ser la gloria de Dios. Nuestro Señor nos da el ejemplo: el primer motivo de sus sometimientos es la gloria de su Padre, su religión hacia su Padre. Ahí está como el primer *adorador en espíritu y en verdad*, Él quien debería decir más tarde: *El tiempo llega y ha llegado ya donde los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad.*²

Jesús es el religioso de Dios, es decir, que todo en Él está dirigido al honor, a la gloria, al servicio de Dios, a rendirle todo el honor y la gloria que pueda recibir.

Esto es lo que nos muestra la primera palabra de los ángeles sobre la cuna del Niño Jesús: *Gloria a Dios en lo más alto de los cielos*. Los ángeles añaden: *Paz a los hombres sobre la tierra.*³

En efecto, el segundo motivo de Nuestro Señor cuando en el pesebre se anonada hasta ese punto, es el de darse a nosotros, de dar la paz a las almas de buena voluntad, de mostrarnos su gran amor, de rescatarnos de la muerte eterna, de hacernos seguir sus huellas en el amor de Dios y en el servicio del prójimo.

Tengo empeño en recordaros estas cosas porque, en el tiempo en que vivimos, el sentimiento de la religión, de la adoración, ha disminuido sumamente. Parece como que el servicio de Dios no sea su motivo principal. Las cosas de la religión se rebajan a la medida de la consolación y de la satisfacción que se experimenta, mientras que todo en la religión debe ante todo ser considerado desde el punto de vista de la gloria de Dios.

El sacerdote del que os acabo de hablar me hacía todavía esta observación: "Cuando se busca la gloria de Dios, el bien del hombre se encuentra siempre incluido: el bien del pecador en su conversión, el bien del niño en su educación. Toda clase de bienes que pueda darse al hombre viene por sí sola cuando ante todo se busca la gloria de Dios."

Después de haber meditado en la manera cómo Dios es honrado, glorificado, servido, adorado por Nuestro Señor, tenemos que reflexionar sobre lo que Nuestro Señor viene a darnos a nosotros. Puesto que se da a sí mismo ¿qué más podría dar? Es nuestro maestro, nos enseña, es nuestro modelo, nuestro amigo, nuestro apoyo, nuestro hermano. Se da de todas las maneras, esperando darse en la santa comunión. También se da ya como Cordero inmolado.

Sí, este niño pobre, humillado, abandonado es ya *el Cordero inmolado antes de todos los tiempos.*⁴ Como Él, si queréis seguirlo, es preciso poner la ley de Dios en el centro de vuestros corazones. *No has querido holocaustos ni sacrificios y heme aquí, vengo para hacer tu voluntad.*⁵ Estas palabras del salmo las decís a menudo y yo os incito a meditarlas al pie del pesebre.

¹ Capítulo inédito

² Jn 4, 23

³ Lc 2, 14

⁴ Cf. Ap 13, 8 (Vulgata)

⁵ Sl. 39, 7-8 y Hb 10, 5-7